

El pensamiento cristiano de Mario Briceño Iragorry en el proceso restaurador de la Iglesia venezolana

Wagner Rafael Suárez, S.J.*

INTRODUCCIÓN

La primera etapa intelectual de Mario Briceño Iragorry se ubica en el interregno comprendido entre las dos guerras mundiales. La primera guerra mundial posibilitó que se suscitara una serie de interrogantes que cuestionaban los presupuestos mismos sobre los cuales habían sido cifradas las esperanzas y perspectivas de felicidad de la humanidad. El siglo XIX fue el siglo de la ilusión del progreso, del desarrollo científico y de la confianza en las capacidades del hombre, ahora, ante las atrocidades de la guerra, era lógico que se relativizara el éxito de todas las conquistas humanas. En esta perspectiva se desenvolverá el pensamiento cristiano de nuestro autor.

Mario Briceño Iragorry lamenta la pérdida de los valores absolutos, de aquello que la humanidad creyó poseer para siempre. Los antiguos valores que fueron el fundamento de antaño, y que tanto esplendor dieran a la humanidad, habían sido sustituidos por otros, que prometían bienestar y felicidad, pero que ahora revelaban sus propias limitaciones. La guerra era una prueba fehaciente de ello. La sociedad moderna trajo consigo la noción de relativismo y transitoriedad en contra de la estabilidad de los criterios inmutables que animó la sociedad tradicional. Lo que había que hacer era recuperar esos viejos principios espiritualistas y colocarlos como centro de la sociedad moderna.

No obstante esta percepción negativa de la modernidad, el mundo, para Don Mario, estaba sacudido por sentimientos de "humanización". La

* Wagner Suárez es jesuita y se encuentra actualmente en la Universidad Gregoriana de Roma para estudios de postgrado. Este trabajo apareció como el capítulo III en su libro *Pensamiento teológico venezolano-Mario Briceño-Iragorry*, Fundación Mario Briceño-Iragorry, Caracas 1989.

humanidad buscaba abrirse paso hacia horizontes nuevos cansada del vacío de épocas anteriores. Había llegado la hora de la universalidad y de la justicia. Asistíamos al período más intenso de la vida cristiana. Al cristianismo le corresponde dar el aporte más fundamental en esta hora de reconstrucción de la humanidad. Por eso, Don Mario propone la construcción de un cristianismo social como alternativa verdadera a los esquemas y valoraciones de la sociedad materialista precedente. Veamos con más detalle cómo se articula su pensamiento:

EL RETORNO DE LOS VIEJOS PRESUPUESTOS ESPIRITUALES

La civilización caída

La recuperación de los antiguos presupuestos espirituales que animaron la sociedad tradicional es uno de los planteamientos centrales del autor durante este período. Según Mario Briceño Iragorry, el esplendor, creatividad y armonía que alcanzaron las civilizaciones antiguas se debió a la persecución de un ideal superior, colocado más allá de la inmediatez de los intereses tangibles y de la materialidad de los hechos, que impulsó el desarrollo de su devenir histórico. Es un principio espiritual superior, y no material, el que está como fundamento de las grandes civilizaciones. En 1925, en la obra "Ventanas en la Noche" plantea:

En las civilizaciones caídas y muertas, que han dejado un surco profundo en la historia y en la vida de la ideología humana, aparece siempre como eje de acción o como rumbo de movimiento, un principio abstracto, superior intangible y a veces colocado en terreno inactual. La contemplación de algo no poseído y la persecución de una idea y de una norma elevada sobre el horizonte de los intereses prácticos, fue presupuesto de las épocas mentales de mayor auge que ha vivido el hombre...¹

Esta búsqueda de los intereses superiores es una constante observable en todas las culturas y civilizaciones que preceden la época moderna lanzada a procurar el bienestar inmediato. Por ejemplo, dice Don Mario en la misma obra:

(...) La civilización semítica estuvo animada por la búsqueda de la perfección ascética; la cultura ática es hija, no del valor y la fiereza de sus hombres, sino del culto supremo que rindieron a la belleza y a las perfecciones inmutables; la civilización alejandrina no la caracteriza la conquista del macedonio expresada por sí misma, sino el consorcio de ideas asiáticas y griegas, que en el recinto de Alejandría elevaron el espíritu hasta la perfección que extasió a los filósofos precristianos, la cultura romana está representada por su concepto del derecho y éste vino ad adquirir una vitalidad superior cuando el esfuerzo estoico dejó a un lado el jus civis, egoísta y personal, y el Pretor elevó hasta

1. Mario Briceño-Iragorry: *Ventanas en la Noche*, Parra León Hermanos Editores, Ed. Suramérica, Caracas, 1925, p. 22.

la formula el concepto del derecho humano; la civilización cristiana que llenó la Edad Media caminó hacia una idea absoluta; el siglo de oro español lo representa una idea mística; el Renacimiento es la representación de Helenia con su religión de la belleza. Son siglos y civilizaciones que crean, que elevan, que caminan hacia un punto colocado fuera del examen visual y sensitivo².

La civilización actual según nuestro autor, abandonó la persecución de estos principios inmutables en pos de un pragmatismo prometedor de felicidad. Al hacerlo, sus aspiraciones quedaron reducidas al plano de lo sensible y terreno, y la tensión que impulsaba la creatividad hacia ideales superiores, fue sustituida por la mera utilidad. con ello la sociedad perdió la consistencia y armonía que sólo los principios inmutables ofrecen:

Nuestra civilización en decadencia careció por completo de una orientación que la defiende y le diera la armonía que le era necesaria para crear y elevar. Ella fue el triunfo de la multiplicidad y de lo relativo, que a fuerza de chocar mutuamente, concluyó por dar origen al nihilismo espiritual que le fue sucedáneo y que a la hora de la revisión sólo enseña el gran vacío donde el hombre ha visto naufragar sus adulaciones más caras³.

Según lo dicho, hay una notable diferencia entre las civilizaciones antiguas y la actual. Las primeras estuvieron regidas por principios absolutos, inmutables y superiores que explican su inclinación a crear y elevar; hay una consistencia fundamental basada en esos principios impercederos que eleva sus aspiraciones a niveles supremos. La civilización actual ha renunciado a esos principios en aras de un utilitarismo práctico; sus aspiraciones no sobrepasan los límites del fin visible; al renunciar a los valores eternos creadores de unidad y armonía abrió las puertas a la era de lo múltiple y relativo; con ella llegó la época del nihilismo espiritual y del vacío.

También el pensamiento de la época está signado —según Don Mario— por este nihilismo que lo imposibilita para dar respuesta a las grandes preguntas del momento. Expresado con sus palabras: “El ha dado el toque a casi todas las puertas del misterio para dejar en ellas —imposible de abrirse— el velo de la nada; donde el ensueño se alzó enantes como una banderola de promesas, él colocó una palabra fatal Nihil”⁴.

El pensamiento actuales positivista. Sucedió del pensamiento especulativo ha sustituido el impulso y búsqueda de las formas ideales y supremas por la norma de la utilidad y la práctica. Descalificó todo aquello que no fuese susceptible de observación y experimentación, y con ello renunció a la creatividad especulativa. Al respecto nuestro autor nos dice:

2. *Ibid.*, p. 22-23.

3. *Ibid.*, p. 23.

4. *Ibid.*

(...) Negó lo que no pudo experimentar, arrojó del radio de los conocimientos lo que le pareció contrario a una observación positiva, y cuando algunos comprendieron el divergente estado en que viejas ideas especulativas, que moraban como fermento en la conciencia general, se hallaba con la organización de las sociedades actuales —viejas en mantillas— lejos de indicar o de buscar la fórmula que acaso trajese el equilibrio y que condujera a dar un paso hacia la perfección, creyó mejor bajar las ideas hasta conformarlas al modus social; entonces no fue el derecho quien triunfó sino que en cambio hubo de inclinarse ante la fuerza y el utilitarismo quien ganó largos pasos a la equidad y la justicia⁵.

En resumen, la civilización caída era portadora de un ideal superior que impulsaba su dinámica histórica y alentaba su capacidad creativa elevando los objetivos a límites superiores. el fin supremo armonizaba la sociedad en una unidad perfectamente coherente. La civilización actual sustituyó estos principios. Al hacerlo introdujo los criterios de multiplicidad y relativismo, opuestos a aquellos de antaño de unidad y armonía. Esta transmutación explica la decadencia experimentada en la época actual, en la cual se prometió felicidad, mientras que por el contrario asistíamos a la gran tragedia de la humanidad: la guerra:

(...) Porque la guerra no fue resultante de necesidades nacionales ni mucho menos vindicaciones de viejos derechos, obscurecidos por la razón en la sombra del medioevo; ella fue la explosión necesaria, el choque previsto de todos esos supremos elementos que crearon XIX y XX siglos y que vivían en el fondo del espíritu europeo como un ensueño martirizante, pronto a dar el golpe fatal sobre su misma vida. Expresión de soberbia humana, la guerra larga enseñó de una manera positiva cómo el derecho es flor pálida destinada mientras no se realice un trueque en los valores sociales, a marchitarse entre las penumbras de las universidades; y después de consumada la obra de destrucción y de venganzas nacionales, cuando no se vio el soldado que triunfa, sino la madre dolorosa bañada en llanto amargo la tierra que se tragó los despojos, de sus hijos, sacrificados en inútiles ofrendas a la Patria —que más que cadáveres de héroes necesita fuerzas vivas que la impulsen —y cuando el hambre y la miseria y el terror realizaban el negromilagro de la muerte en inocentes víctimas, en el espíritu de los hombres hubo como un retorno, como un regreso a los sentimientos olvidados en el trajín de su grandeza...⁶.

Si la sociedad presente estaba en crisis por causa de haber abandonado los principios espiritualistas que alentaron los períodos de armonía del pasado era lógico que Don Mario abogara por la recuperación de esos principios en el contexto nuevo de la sociedad moderna. El materialismo moderno, y sus variadas formas de expresión, era el gran enemigo a vencer. Estos planteamientos tienen gran coincidencia con la apreciación que se venía teniendo, ya desde el tiempo de León XIII, de un mundo pervertido y sumido en crasos errores (el materialismo era su forma más generalizada) moderna; se intentaba relativizar el éxito de esas conquistas ante la evidencia de la guerra para colocar como centro de la sociedad moderna el espíritu del evangelio.

5. *Ibíd.*, pp. 23-24.

6. *Ibíd.*, pp. 17-18.

El Retorno a Babel

Según nuestro autor, Babel es el símbolo bíblico que representa el momento en el cual la unidad del género humano desaparece:

En la larga peregrinación del adamita sobre la faz terrestre, Babel se alza como un símbolo. El fracaso de los hombres post-diluvianos al pretender hacer algo tan alto que venciese el poder de los mares, representa la hora de la rutura del Uno, de la homogeneidad racial, de la justicia, de la lengua, del derecho y del ideal⁷.

La humanidad vuelve la mirada hacia el instante en el cual la concordia del género humano estalla en mil pedazos. Es una mirada de reconocimiento hacia el pasado para concientizar que el camino emprendido desde entonces condujo a la civilización hasta la decadencia actual:

(...)Y cuando la larga experiencia de los siglos ha demostrado la relatividad de casi todas las conquistas humanas, cuando la humanidad llora sobre los basamentos de su civilización decadente la pérdida de lo que creyó adquirido para siempre, como los judíos la ruina de sus templos o la hora crepuscular del sexto día, los hombres miran hacia el camino que traficaron hace mucho y que les llevará acaso al sitio de la dispersión; como los conservadores de la ley mosaica, lloran angustiados en el preciso momento en que se anuncia el crepúsculo de toda civilización, y bajo la luz cárdena de la hora reemprenden el viaje hacia Babel, lleno el espíritu de un hambre de silencio, en medio de la paz que baja de las primeras estrellas centellantes, en la noche acercándose⁸.

La humanidad, transida de dolor, anhela la recuperación de los antiguos principios. Aires de humanización colman los deseos de la sociedad. Unidad y armonía son los gritos esperanzados del género humano. El retorno a Babel, para reconstruir la unidad perdida, es un viaje necesario:

La necesidad de tal viaje la marca la evolución del pensamiento contemporáneo, encaminado hacia la unidad, hacia el acercamiento de lo que viejos prejuicios rompieron para dolor humano. Individual y colectivamente es ésta una necesidad que toma fuerza en el sentimiento de humanización que cruza el orbe. Caminar hacia la victoria del derecho sobre la fuerza, del pensamiento sobre la masa, del ideal y la justicia sobre las mezquinas aspiraciones de colectividades pensantes, es la idea victoriosa que incuba en los espíritus del nuevo siglo, llamado a levantar la bandera blanca del ensueño por encima de todos los sangrantes estandartes guerreros que han paseado su fama en busca de dominio sobre la cara angustiada del mundo⁹.

Babel, para nuestro autor, es el punto en el cual confluye la unidad y dispersión del género humano. La humanidad, aterrorizada por el horror de la guerra y por la degeneración percibida en el siglo, siente deseos de enmendar sus opciones. Fija, entonces, su mirada en el pasado, buscando recuperar aquellos principios que le dieron consistencia y esplendor.

7. *Ibid.*, p. 13.

8. *Ibid.*, pp. 13-14.

9. *Ibid.*, p. 14.

La Resurrección del Viejo Ideal

El espíritu humano reaccionó ante el desastre. Ajeno a la grandes mutaciones sociales que trastocaron los sólidos principios de antaño, conservó el recuerdo de la armonía previa a Babel. Después de la guerra se perciben aires de humanización, proceso lento y doloroso, pero en marcha, que caracteriza el momento presente:

Humanización, aquí la obra que empieza sobre la sociedad, lenta en un principio, dolorosa, acaso con apariencias irreales como todo lo que se anuncia apenas, pero ella empieza a anunciarse. ¿Progreso? No. Marchamos hacia atrás, hacia lo primitivo, hacia un momento pretérito de la vida universal. Vamos hacia Babel, hacia la hora en que se rompió la unidad humana y surgieron todos los conceptos relativos. La labor paciente de los estudiosos no ha podido encontrar el sitio de la soberbia torre bíblica, pero en el espíritu humano vive siempre la consciencia de la remota edad primigenia, y a pesar de las incontables vicisitudes que han puesto horas de desesperación y dado caminos tortuosos a la vida humana, en el fondo de la naturaleza de las razas hay un contenido idéntico que queda ignorante de lo que en un momento cualquiera pasó sobre su faz, como las profundas cavernas marinas desconocen las tragedias realizadas sobre el cristal de sus ondas superiores¹⁰.

Para Mario Briceño-Iragorry había llegado la hora de la universalidad y de la justicia, la hora del triunfo del espíritu. la campanada había resonado por todo el orbe. El espíritu humano se disponía a reconstruir la esperanza de la humanidad sobre sólidas bases:

(...) Nuevos peregrinos, el espíritu endilga sus pasos hacia la hora de la unidad, hacia el momento muerto del símbolo bíblico. Babel vive como un objetivo en la conciencia de la nueva época y bajo la luz portecina del crepúsculo de la civilización europea, camina hacia la mañana del nuevo día, cercano o distante, en el que sus ojos verán la llanura verdecida por sus frescas esperanzas. El alto deseo de paz y de justicia será como blanco guía en la noche estrellada¹¹.

Después de la guerra, Don Mario interpreta que el plañidero lamento de la humanidad es general, y que en el fondo formula una crítica histórica a la época moderna. El cambio en los presupuestos que dieron origen a la era de la ciencia debe ser radical:

(..) El gran ciclo creador que fue el pasado, enorme en avances científicos, debía concluir así: en un decaimiento para la lucha en el terreno de las conquistas positivas y en un cambio de rumbo en los presupuestos sociales y espirituales¹².

El ciclo positivista que caracteriza a los tiempos modernos aniquiló —según el pensamiento de Don Mario— “el último vestigio de ideal que radicara en el espíritu humano”¹³ e incubó el afán de destrucción y nihilismo espiritual típicos de la época. Todo lo que cayera fuera de la órbita del experimentalismo

10. Ibid., pp. 19-20.

11. Ibid., p. 20.

12. Ibid., p. 21

13. Idem.

científico fue susceptible de escaso interés. El pensamiento especulativo perdió la batalla frente al inquisitorial realismo científico del pensamiento moderno:

(...) La conclusión a que fatalmente hubo de llegar la ciencia del XX siglo, posesa de la más grande soberbia que nunca hubo en períodos anteriores de esplendor del pensamiento, fue la de mayor vacío para todo lo que significase un valor sólo realizable en el campo apriorístico, para aquello que encerrase un rumbo alejado de la moral y del derecho prácticos. La finalidad vital quedó de esa manera reducida a una fórmula cuyo desarrollo estuvo limitado por el interés actual, por un egoísmo presente: se apartó de tal manera de los conceptos finalistas del mundo la idea de lo absoluto y superior, que aquél viose impulsado hacia una revalorización alejada de toda parte ideal¹⁴.

La crítica histórica a la sociedad actual culminará con la recuperación de los viejos ideales de la sociedad tradicional. Los conceptos inmutables volverán a poner orden en el concierto de desorden, mutación y relativismo al que fuimos arrojados en la era moderna. En definitiva, lo que Mario Briceño-Iragorry propone es la recuperación del marco ideal-moral, en el cual funcionó la sociedad tradicional, como solución a la crisis de la sociedad moderna que él califica en decadencia. No se trata de ningún tipo de realización histórica particular, parte de la aceptación de la sociedad moderna como un hecho. Intenta darle coherencia a esa sociedad moderna en base a unos fundamentos distintos a los aportados por el materialismo, esta vez basados en los criterios del espíritu:

...hoy en cambio quiere un concepto firme e inmutable, algo superior que va mas allá de la crítica experimental, viva por siempre alejado de las diarias mutaciones humanas y de la relatividad de sus conquistas, para que formalice el avance del espíritu y de unidad general al pensamiento. Se mira hacia lo absoluto, hacia la resurrección de viejos ideales que en horas muertas dieron fisionomía a la labor mental de los hombres. Camino contrario al emprendido por los hombres pasados ganan los nuevos ciudadanos del universo; viaje sin rumbo fue el de la civilización decedente; ésta que empieza quiere fijar previamente una orientación a la cual referir toda su labor futura...¹⁵.

La Exaltación del Espíritu y el Renacer místico

La reconstrucción de la civilización debe hacerse en base a principios diametralmente opuestos a aquellos resaltados por la sociedad pasada. Si antes, se pregonó un materialismo radical de nefastas consecuencias para la humanidad, la civilización nueva, en cambio, debe encaminar sus pasos por la vía que marca la exaltación del espíritu. Nuestro autor nos dice:

(...) Este corriente que habrá de dirigirla nace en el espíritu, en su exaltación, en su verdadero valor que el materialismo pasado quiso destruir para siempre: que se levante el espíritu de los hombres y que como lámpara propiciatoria señale con su existencia individual, el sitio que le corresponde en la gran escena humana...¹⁶.

14. *Ibid.*, pp. 21-22.

15. *Ibid.*, p. 25.

16. *Ídem.*

Para nuestro autor, la humanidad sufrió una crisis de misticismo que comienza a ser superada. La pérdida de los valores absolutos influyó en ella. El alma del hombre actual, "reconcentrándose en sí misma, busca en el castillo interior la paz inefable de la serenidad"¹⁷. atrás debe quedar "la inquietud dolorosa del análisis para dar paso a la ascensión serena del pensamiento alado".¹⁸. Renace "el anhelo de tomar a una época de infantilismo primitivo que bulle en el alma cansada de razonamientos y de esfuerzos fracasados"¹⁹. Asistimos esperanzados a ese renacer:

el siglo XX preparó, además de la guerra, este resurgimiento místico. Aniquiladas aparentemente las verdades que absorbieron el espíritu de los siglos y de las razas, nuevas ideas acosaron la mente humana, que terminó por ver en ellas sólo simuyacros de razones. Entonces un nuevo sentimiento embriagó la consciencia del hombre: quiso creer, anheló salvarse, perpetuarse y perpetrar consigo, no un imperialismo económico, sino uno más alto, el imperio ideal de aquellas verdades que le sirvieron de aliento para su ensueño de paz, El imperio intangible de las altas normas de libertad y de justicia que siempre han inquietado el alma universal. La justicia venida de los hombres, viciada y prostituida, quiere trocársela por el fas de las épocas primitivas, que mejor que en el sagrado templo de los pontífices romanos se halla en la ciudad ideal, donde no va el hombre sino por el espíritu²⁰.

El misticismo es para Don Mario, "la resurrección en el alma de occidente de viejas tendencias de la raza, dormida hacía mucho, pero que en el momento de la caída de la civilización materialista del siglo XX surge como la iniciación del nuevo siglo cultural"²¹. No se trata de letargo ante el dolor humano, "como un fenómeno de decadencia que prospera en la tarde de todas las civilizaciones"²²; más que decadencia, el misticismo al que apela Briceño-Iragorry ofrece un cambio de perspectiva más enérgico:

...la inclinación mística del pensamiento actual indica en sí una mutación para la directriz del espíritu y con el cambio manifiesta ganancia energética. La consciencia de la raza, torturada ante la angustia de los problemas económicos y de los postulados políticos, quiere elevarse hacia puntos de vista que hagan más liviana la carga que sobre sí pesa²³.

La hora del cristianismo

En la perspectiva de Don Mario, el proceso de reconstrucción que deberá operarse en la sociedad sólo es posible realizarlo desde la Iglesia de Cristo;

17. *Ibíd.*, p. 23.

18. *Ídem.*

19. *Ibíd.*, p. 31-32.

20. *Ibíd.*, p. 32.

21. *Ibíd.*, p. 36.

22. *Ibíd.*, p. 37.

23. *Ídem.*

Estropeado el mundo por el resumen de tantos dolores corridos en esta década de sangre, apurados todos los esfuerzos de la previsión científica en pos de una consolidación de la familia universal, ésta sólo parece realizable en el corazón de la Iglesia de Cristo. y así los ojos llorosos, los corazones desgarrados, los labios suplicantes se tornan en una larga oración al Crucificado, vivo siempre en la consciencia de la raza y dormido sólo por tres días, más menos largos, en el espíritu de aquellos que lo hemos asesinado por segunda vez²⁴.

Después de la guerra, asistamos a un período de florecimiento y revitalización del ideal religioso. Según nuestro autor "renace la fe en el Nazareno con más fuerza que nunca, con vigor nuevo, con alas de más pujante envergadura" ²⁵. En Don Mario crece la convicción de que "la fraternidad de la raza sólo será realizable por la comunidad de una idea cristiana" ²⁶, de allí el papel protagónico y relevante que le otorga al Cristianismo;

(...) Y ahora, finalizados tales ensayos, cuando la consciencia universal se da plena cuenta de que algo como una sombra pesaba sobre sí misma, se advierte un retorno hacia viejos presupuestos espirituales y nacido ha la certidumbre de que el ideal cristiano puede aportar un contingente invaluable para la obra reconstructor en la cual se interesa el pensamiento universal. Por eso me he atrevido a decir que estamos en el período más intenso de la vida cristiana²⁷.

Para Briceño-Iragorry el ideal cristiano tiene una vigencia plena, y sobre todo, en momentos en que se percibe el fracaso de los principios que sustentaron la civilización anterior. Se hicieron meritorios esfuerzos para elaborar un concepto de justicia que paliara los enormes problemas de la humanidad sin llegar a conseguirlo;

(...) Y aún después, Señores, de veinte siglos de cultura cristiana, después de veinte siglos de enunciado desde la montaña milagrosa el código de la más notable justicia humana, permanece el hombre, y con él la raza entera, con aquel mismo hambre y con aquella misma sed que sólo saciaron las palabras de Cristo. Dos mil años de un ensayo prolongado sobre el campo de la ley de los hombres sobre el terreno de las conveniencias sociales, sin que se haya logrado siquiera momentáneamente un equilibrio, una tregua, que anuncie la cercanía de una era de justicia plena²⁸.

Sólo desde el Cristianismo, desde esa gran escuela de fraternidad humana, es posible, —según Don Mario— elaborar un concepto de justicia plena que colme las horas de fatiga que atraviesa la humanidad; "Estamos, Señores, en el período más intenso de vida del pensamiento cristiano y es lógico esperar que de él surja una valorización de la justicia en concordancia con las fórmulas nazarenas" ²⁹. El espíritu de justicia que resume el evangelio anunciado por Cristo debe ser el horizonte sobre el cual se reestructura la nueva sociedad:

24. *Ibíd.*, p. 71.

25. *Ídem.*

26. *Ídem.*

27. *Ibíd.*, p. 92.

28. *Ibíd.*, p. 89.

29. *Ibíd.*, p. 91.

(...) Parece que en los confines del orbe perdurase el eco adormecido de la palabra evangélica, que anunció el más grande programa de justicia social. Sobre la colina judáica el Sermón trasmutador de los valores animales en presupuestos de una idealidad limpiísima, abrió un ciclo en cuya alba sonriente apenas entramos. Las necesidades del hombre cada vez más urgentes en medio de la sociedad de sus semejantes, quieren la economía de esa justicia en sus leyes nuevas, mas endilgadas a verdaderos fines de cooperación humana, de fraternidad y de caridad cristiana³⁰.

Hacia un cristianismo social

En 1921, el escritor italiano Giovanni Papini escribió una obra titulada la "Historia de Cristo". La obra produjo un enorme impacto en la conciencia de Briceño-Iragorry, según el cual, la Historia de Cristo de Papini, "representa en el actual momento de la civilización occidental, la expresión vehemente de un alma atormentada que busca la sombra del Nazareno en medio de la economía social del siglo".³¹ Filósofo y hombre avanzado en letras³², "Papini encarna admirablemente la aspiración del hombre que vio desaparecidas sus promesas de bienestar después de la bancarrota de los credos racionalistas."³³

El Cristo de Papini es un Cristo vivo, actual y humano. Al escribir, "sus párrafos, sus dicciones, su léxico denotan el alma de un atormentado que habiendo recibido luz nueva, se empeña en hacerla visible a sus lectores, hermanos suyos en el dolor pasado de no conocer a Cristo."³⁴ Su Cristo no está dirigido a los cristianos de fe segura. Ellos tienen ya sus versiones aseguradas:

(...) Para quienes ya miran a Cristo como al Hijo de Dios, están los textos aprobados por la ortodoxia romana; Didon es la lectura serena para cristianos de fe: para los otros, aquellos que han querido ver en el Nazareno una adorable figura similar a la de Gautama o un ente asequible a la crítica, son el racionalista Ernesto Rendán, el destructor Strauss, el teósofo Schuré o el blasfemo Benet Sanglé...³⁵

La creación de Papini vino a llenar un vacío en la sociedad descristianizada y decadente de comienzos del siglo XX señala Briceño-Iragorry: su Cristo es asequible al hombre angustiado y adolorido por la calamidad del siglo:

30. *Ibid.*, p. 93.

31. *Ibid.*, p.97. El escritor italiano Giovanni Papini (Florencia) nació en 1881 y muere en 1956. Autor de varias obras, cuenta además de la mencionada, con la famosa titulada "El Juicio del Mundo" (1949), galardonada con el premio Mediterráneo.

32. De él refiere Briceño-Iragorry: "Papini junto con Soffici y Palazzeschi, fue por algún tiempo miembro de grupos de escritores "futuristas", que en Italia encabezaba Marianetti. En este período de su vida sus actividades literarias estuvieron fuertemente concentradas en la publicación futurista "L' Acertia", editada en Florencia bajo su dirección. El futurismo apareció en Italia, durante los primeros años del siglo XX, como una reacción violenta contra el excesivo culto del pasado: (ver pp.97-88).

33. *Ibid.*, p. 97.

34. *Ibid.*, p. 98.

35. *Ibid.*, p. 98-99.

(...) Papini habla a los desconsolados que no han negado pero a quienes su fe tibia tiene sin un vivo conocimiento de los Evangelios, a la mayoría titubeante que suspira por hallar destellos de divinidad sobre el fango terrestre. Su obra está dirigida a los hombres del siglo, a los estragados en la moderna bibliografía materialista. Por eso ha procurado servirse de la novedad heroica de las formas, de palabras burdas, que junto con el mensaje de paz traen la promesa de un castigo³⁶.

Mario Briceño-Iragorry añade además lo siguiente respecto a su interpretación del Cristo de Papini:

'feo' de la escuela rusa, ya desvirtuado en mucho por el misticismo anárquico de los esclavos comunistas, un Cristo 'feo' posible en medio de la sociedad de los hombres, lleno a su vez del espíritu del Padre Todopoderoso. Aquel Cristo que Mateo pintó judío para evangelizar los pueblos de la Antigua Ley, que Marcos hizo breve y rotundo para presentarlo a sus oídos de la Ciudad Eterna, a quien Lucas ofreció delineamientos de una delicadeza ática para llevarlo a la adoración de los viejos esclavos de Júpiter olímpico y a quien Juan el visionario describió como luz de Dios en la tierra para acabar la simiente de las herejías que aun después necesitaron de la entereza de Atanasio, ese Cristo, uno y en la enseñanza de San Pablo, con todos los atributos de Hijo de Dios y de Hijo del Hombre, lo presenta Papini a la meditación de los hombres del siglo en marco nuevo sobre cumbres accesibles³⁷.

El Cristo de Papini era para Don Mario el Cristo humano que camina en las calles al lado del hombre sufriente. Su vigoroso humanismo era capaz de contraponerse al credo positivista que tanto estrago había causado a la humanidad. descreídos y sufrientes encontrarían en el Cristo de Papini, al igual que Don Mario, renovada esperanza en la posibilidad de que la fraternidad universal se construyera desde los principios cristianos:

Un día, ¡o maravilloso Giovanni Papini!, di con tu "Historia de Cristo". Devoré el libro y sentí en mí no ya la iluminación esplendorosa de la fe renacida, sino el calor extraordinario de la inmediatez de la humanidad del Señor. Teólogos, ascetas y escrituristas hacían de primera intención reparos a tu libro, sin pensar que "tu" Cristo era el Cristo callejero que esperaba la gente cansada por la experiencia demoledora y ascosa del positivismo. El hombre del siglo XX necesitaba oír hablar de Cristo en lenguaje cargado de realidad humana. No era con el etilo denso de los teólogos ni con las frases tetánicas de los místicos como precisaba que hiciese su reaparición el mundo de los descreídos el Cristo salvador. El Cristo del siglo XX —idéntico al Cristo de la hora cero de la Redención —necesitaba hablar un lenguaje rotundo, directo, acerado, demoledor, como para hacerse oír de oídos tupidos de cerumen emponzoñado por la voz venenosa de los evangelistas del Anticristo. El Cristo secreto de místicos y ascetas necesitaba también una túnica burda con que echarse a las calles de un mundo donde diariamente se simulaba su presencia por medio de Cristos fingidos y ornamentados con signos de una realeza irrespetable y vendida³⁸.

36. *Ibid.*, p. 99.

37. *Ibid.*, pp. 99-100.

38. Mario Briceño - Iragorry: "Responso a Giovanni Papini", en *Prosas de llanto*, ediciones del Ateneo de Boconó, Trujillo, 1969, pp. 177-178.

El Cristo mundano de Papini era, al decir de Briceño-Iragorry, el Cristo necesario de la historia, el Cristo encarnado: "Jesús está con nosotros en el taller, en la oficina, en la paz del hogar, Jesús no se ha ido de la tierra y para hallarlo no se necesita el silencio de la cenobia, ni la disciplina conventual, ni el yermo silente" ³⁹.

Es necesario resucitar el Cristo, lo cual significa, dentro de la concepción de Briceño-Iragorry, "representar, con palabras nuevas y con referencias a la actualidad, su eterna verdad y su historia inmutable." ⁴⁰ Porque Cristo es una realidad siempre vigente y actual.

El fin último de recordar el significado vivificador de la resurrección de Jesús es la construcción de un "cristianismo social" conformado según los criterios de eterna justicia del Nazareno: "y resucitado en nosotros, puro con el triunfo sobre la muerte que es vida, hacer un cristianismo social, activo en obras nuevas que redima la tierra de un modo pleno."⁴¹

Las estructuras sociales deben irse conformando, cada vez más, según los criterios evangélicos. No existe oposición, ni podrá haberla, entre intereses sociales y vida cristiana. Si en algún momento de la historia ha parecido evidenciarse esta tensión habrá sido por la falta de compromiso de los cristianos con el mundo. La referencia que a continuación nos ofrece Don Mario es elocuente al respecto:

La aparente oposición entre la perfecta expansión de la vida cristiana y los intereses sociales en general, ha estado determinada por la falta de matiz social en las obras cumplidas por las masas bautizadas. Podríamos decir que Cristo no ha entrado de lleno en la vida ciudadana, relegándose su existencia y su búsqueda al silencio de la vida disciplinar en campo separado de la comunidad general ⁴².

Las características principales que destaca Mario Briceño-Iragorry al hacer la lectura del Cristo de Papini son éstas de la redención del dolor y desconcierto causado por el materialismo positivista, y la de un Cristo mundano, cercano al hombre, cuya influencia debe penetrar la estructura de la sociedad hasta conformarla de una manera nueva, de acuerdo a los principios de justicia universal emanados del mensaje evangélico.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA VIEJA FRATERNIDAD COLONIAL

Desde la primera etapa en el desarrollo de su pensamiento intelectual, Mario Briceño-Iragorry mostrará gran interés por el estudio de la Historia.

39. Mario Briceño-Iragorry: *Ventanas en la Noche*, op.cit. p. 100.

40. *Ibid.*, p. 100.

41. *Idem.*

42. *Ibid.*, p. 101.

“Para amar a la Patria —nos dirá— debemos empezar por amar su Historia, y para amarla en totalidad, necesario es conocer y amar su Historia total.”⁴³

Está convencido Don Mario, que la comprensión del presente histórico, y la esperanza de proyectarlo al futuro con toda la plenitud de sus posibilidades, se potencia cuando tomamos conciencia de lo que hemos sido como pueblo, de nuestras bases y soportes morales y espirituales anclados en el pasado y que forman parte de nuestra identidad cultural;

Buscar mayor resistencia para el basamento de la venezolanidad, he aquí el solo móvil de mis estudios de Historia. Creo en la Historia como una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. no miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuentos de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. mientras más penetrantes sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podemos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de las bases⁴⁴.

La primera guerra mundial induce a Briceño-Iragorry a pensar que América se abre como la gran esperanza de reconstrucción mundial; “es la hora de América”⁴⁵ exclamará con insistencia. Para emprender la tarea, es necesario “unir los ideales distanciados de los pueblos”⁴⁶ que arrancan de aquella vieja fraternidad espiritual que fue la colonia. Es, sin duda, la misma lógica del retorno al símbolo bíblico de Babel, buscando las raíces morales y espirituales que adornaron nuestra personalidad cultural y que nos hicieron sentir que América era y podía seguir siendo una.

La Historia como continuidad

Para Mario Briceño-Iragorry lo que somos hoy como pueblo es el resultado de una continuidad histórica que arranca desde el momento crucial de la Colonia. La frase, aparentemente inocua, tiene sin embargo, un contenido profundo. Suponía adoptar una perspectiva que tendía a resaltar los valores transmitidos por España —rasgos constitutivos de nuestra cultura— como parte esencial de nuestra personalidad cultural. Y no solamente era la simple afirmación, lugar común de nuestra historiografía patria, de que provenimos de España, como un dicto que se acepta como un hecho; Briceño-Iragorry va más allá; propone que en el rescate y la afirmación de los valores transmitidos por España, lo que él denomina como la “hispanidad”, reside la posibilidad más seria de afirmar nuestra madurez de pueblo frente

43. Mario Briceño-Iragorry: *Tapices de Historia Patria*, Ed. Cultural venezolana, Caracas 1978, p. 197.

44. *Ibid.*, p. 25.

45. Mario Briceño-Iragorry: *La Hora de América*, en *Ventanas en la Noche*, op. cit. pp. 109-115.

46. *Ibid.*, p. 109.

a los embates de los neoimperialismos foráneos de corte sajón que actualmente nos amenazan. Parte esencial de esa hispanidad, que hoy es la médula de nuestra identidad cultural, es nuestro acervo espiritual transmitido por la implantación del cristianismo en América. La postura de Briceño-Iragorry chocaba con algunas corrientes interpretativas de la Historia; en concreto, con una concepción materialista, que por coherencia con sus postulados, tendía a menospreciar el aporte que los valores del espíritu pueden tener en la conformación cultural de un pueblo; también se enfrentaba Don Mario, a aquella concepción de la Historia que reduce su devenir a estancos aislados, separados por ruptura e hiatos insalvables, susceptibles de ser manipulados según los intereses propios. Al respecto nos dice:

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que, guiados por un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el período hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los Padres de la Independencia, considerados como centro de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad la Patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca de 1819⁴⁷.

Según Briceño-Iragorry, el proceso independentista de Hispanoamérica fue la mayoría de edad, la madurez política de la hispanidad en tierra americana. Es una interpretación histórica enclave de continuidad. Dicho con sus propias palabras: "...a pesar de nuestro mestizaje, somos culturalmente la continuidad de un proceso español que en su hora de plenitud optó la emancipación heroica y tenazmente defendida por nuestros Padres."⁴⁸ La Independencia no fue "una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política."⁴⁹ Nada desmerece nuestro presente republicano si reconocemos los valores de nuestra historia pasada en orden a entender lo que hoy somos como nación. Así parece asentarlo nuestro autor cuando dice; "Una reflexión serena nos lleva a considerar, por el contrario, que la sociedad republicana es, desde el punto de vista orgánico y moral, la misma sociedad colonial que cambió y mejoró de signos."⁵⁰

La superación de la Leyenda Dorada y la Leyenda Negra

Nuestro pasado colonial ha estado sometido a la interpretación de dos tesis: "La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español, y que ha recibido peyorativamente el nombre de "leyenda dorada", y la que sólo

47. Mario Briceño-Iragorry: *Tapices de Historia Patria*, op. cit. pp. 15-16.

48. *Ibid.*, p. 22.

49. *Ibid.*, p. 17.

50. *Ibid.*, p. 23.

concede boleta para el infierno a los hombres de la Conquista. Sobre el furor negativo de esta última se ha alzado la llamada *leyenda negra*⁵¹. Ambas interpretaciones son falsas para nuestro insigne escritor, el cual, intenta una interpretación que se sitúe en la línea media entre ambos enfoques:

"(...) Entre una y otra 'leyendas' está la Historia que abaja lo empinado de los elogios y borra la tinta de los negros denuestos. Entre el grupo de los que piensan con este criterio medio, me hallaréis siempre a mí, hombre e curado de espantos, que nada me sorprende en orden de novedades, porque, cuando quieren asustarme con nuevas razones, ya vengo de regreso del campo donde las cosechan."⁵²

Sin embargo, no faltó el mal intencionado intérprete que vio en esta posición de Don Mario una alevosa inclinación hacia la leyenda dorada, motivada por su visión católica de la vida. Al respecto Briceño-Iragorry responde:

Sé que se me ha querido motejar, para malos fines, de ardoroso hispanismo, por esta mi apología de la cultura colonial. Algunos, por error, han creído que he defendido la cultura colonial por ser ella y yo católicos. Que yo sea, es cosa mía, en que nadie tiene derecho a inmiscuirse; que fuera católica la enseñanza colonial es cosa de la Historia. No podía ser protestante, siendo católico el imperio español. Pero, sin necesidad de mirar al signo de la religiosidad, hubo una cultura, que en colonias españolas no podía ser distinta de la cultura que se servía en la Península y que, a pesar de reproducir las reticencias que durante los siglos XVII y XVIII padecía la enseñanza en la Metrópolis, sirvió en América para formar la gloriosa generación de la Independencia⁵³.

Para Briceño-Iragorry, quienes se aferran a la tesis de la leyenda negra cometen una injusticia contra los Padres de la Patria que formaron la Independencia. queriendo engrandecerles al desligarles de un supuesto período nefasto de nuestro pasado colonial, han eliminado la historia que los respalda, historia forjada en propio suelo, situando los méritos fuera de las entrañas de la propia Patria:

Los que se niegan a la revaluación de nuestro pasado hispánico arrancan del supuesto falsísimo de que la República surgió como improvisada y candorosa imitación de movimientos políticos extraños, carentes, en consecuencia, de apoyos morales, económicos y sociales en el fondo mismo de la tradición colonial. Quienes así piensan, lejos de contribuir a aumentar la fama de los Padres de la Independencia, la disminuyen abiertamente, pues, en presentándolos como irrelexivos seguidores de novedades extrañas, ponen de lado el largo y callado esfuerzo del mismo pueblo que buscaba aquellas voces egregias para la expresión de sus derechos inmanentes⁵⁴.

Los gritos que clamaban justicia y libertad se escucharon antes en tierras hispanoamericanas que en cualquier otra nación. No fueron temas extraños a los propósitos de los antepasados que forjaron la colonia. Los Bartolomé

51. *Ibíd.*, p. 15.

52. *Ibíd.*, p.27.

53. *Ídem.*

54. *Ibíd.*, pp. 30-31.

de Las Casas y los Francisco de Vitoria, precedieron con mucho los procesos libertarios que se gestaron en Europa:

(...) Nuestro siglo XVIII es la expresión viva de una agonía de creación. Había lucha, había afán de crecer, había empeño porque brillase la justicia. Al Rey se obedecía, pero se discutían sus órdenes. Cuando sucedió la Independencia de las colonias inglesas del Norte y se produjo la explosión libertadora de la Revolución Francesa, ya en nuestro mundo colonial existía una conciencia capaz de asumir reflexivamente actitud congruente con los aires del tiempo⁵⁵.

Cuando llega el proceso independista, los Padres que forjaron la república, provenían de una tradición y de una escuela, que había prosperado en la propia tierra, y que tenían sus raíces en el pasado colonial. No son ideas foráneas las que anidan en tierras americanas e impulsan la Independencia, fueron los mismos deseos de justicia que trajeron los pobladores de España y se enquistaron en tierras americanas como anhelos propios de la patria.

Para Mario Briceño-Iragorry, en nombre de la leyenda negra, se han cometido grandes atropellos contra la Patria. Se ha desconocido parte integral de nuestra cultura contribuyendo de ese modo a la disgregación de nuestro continente hispanoamericano. Nuestros países, que adolecen de una personalidad fuerte, que nos empeñamos a negar desde sus raíces, es fácil presa de los imperialismos modernos. A la leyenda negra no opone Don Mario una leyenda dorada. Busca una postura equilibrada para entender lo que somos hoy como nación, destacando los rasgos distintivos que nos describen y que nos harán aparecer ante el mundo con personalidad propia, dispuestos a resistir los embates de los imperialismos sajones que quieren lucrarse sus intereses en suelo patrio. Su postura queda expresada con bastante exactitud en este párrafo:

(...) A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano, he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, por transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoría política. La oposición, insisto en decirlo, no es de fechas, sino de actitudes. Y esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre, como expresión del espíritu dialéctico de la Historia⁵⁶.

El Sentido de la Hispanidad

La afirmación de la hispanidad es, para Briceño-Iragorry, una "idea de ámbito moral que tiene un alcance universal." ⁵⁷ España es el centro de gravedad de nuestra cultura, y esta idea está por encima de los vaivenes transitorios del momento alcanzando una significación que trasciende los límites particulares de toda interpretación temporal:

55. *Ibid.*, p. 31.

56. *Ibid.*, p.32.

57. *Ibid.*, p.28

(...) Esa hispanidad, total, intemporal, de donde emana el valor agnóstico de nuestro genio, representa para el mundo americano un factor de gravedad semejante al que representó el helenismo para la cultura mediterránea y a los que constituye la latinidad para la civilización europea que busca por centro las instituciones romanas⁵⁸.

La afirmación de lo hispano es blasón seguro contra el "imperialismo yanqui". Renegar de nuestro pasado cultural es, para don Mario, algo así como rendirse ante el enemigo sajón. La leyenda negra encontró amplio eco, y hasta fue promovida, por el imperialismo inglés.

El odio contra lo español fue arma de guerra al servicio de Inglaterra preocupada por la expansión del imperio como por el problema religioso que enfrentó a Felipe II con Isabel I. España debía ser desacreditada como reducto de fanáticos, para que así legitimase más fácilmente el odio de la Corona de San Jaime. Y España misma, como veréis, dio las mejores armas para la campaña de su demérito⁵⁹.

La historia se repite en la actualidad. El imperialismo norteamericano está allí, al acecho, atento para dar el zarpazo mortal sobre la debilidad de nuestra nación. A ese imperialismo no le interesa, por conveniencia propia, la afirmación y madurez de nuestro proceso como nación: la afirmación de la venezolanidad. Y detrás de esta afirmación se encuentra la hispanidad como eje central de nuestra cultura. No apaguemos los rescoldos culturales que podemos blandir con orgullo frente a la prepotencia del norte, diría Briceño Iragorry; busquemos más bien el espíritu de justicia, aquel que trajeron nuestros primeros padres de la antigua España, aquel en que se formaron los próceres de la República, aquel que usaremos nosotros para construir el escudo que nos defienda del imperialismo yanqui. Si católica fue España, y la América hispánica en su nacimiento, hoy, nuestra fe católica, es el más firme bastión contra la amenaza foránea, y la garantía de unidad continental en torno a los principios de justicia que emanan del Evangelio.

La Instrucción Religiosa durante la Colonia

Es recurrente Mario Briceño-Iragorry en la idea de que la generación que preparó y participó en la Independencia venezolana se formó en el mismo suelo patrio. No fueron las ideas extranjeras el elemento decisivo que lanzó a los iniciadores de la República a la revolución independentista sin negar la influencia, que por ejemplo, haya tenido Francia, sobre la conciencia general de la humanidad. El grito de libertad lanzado por las huestes patrióticas es la extensión del afán de justicia que el conquistador español protaba en su espada, y que representaba el temperamento y alma de los hijos de España. Cuando el "blanco criollo" levantó su sable y gritó la independencia contra la tiranía política del "blanco peninsular" recogía la tradición de los padres que le precedieron:

58. Ídem.

59. Pág. 21.

La mejor generación de la República venía de atrás, de las 'tinieblas' coloniales, y si ella se presentó en el plano del tiempo portando en la robusta diestra antorcha refulgente, necesario es proclamar que no fue noche aquel calumniado período y que los actores que sobre empinado coturno representaron en el teatro de la Historia la escena perdurable de nuestra Independencia política, ni eran movidos por hilos de farsa, ni repetían lánguidos dictados de apuntador, sino discurso de viril contextura aprendido en las severas aulas coloniales ⁶⁰.

Según lo dicho, la Independencia es la culminación de un largo proceso formativo gestado en tierra patria. Parte de ese proceso lo colmó la instrucción impartida durante la Colonia. resulta presuntuoso decir que la educación impartida durante la Colonia alcanzó el esplendor salmantino de la madre patria, no lo es, en cambio, afirmar que ella cumplió los objetivos y logró formar a las generaciones fundadoras de la República:

Allí estaba la semilla, regada de fuerte lógica, que daría a su tiempo el fruto requerido. De los claustros universitarios salieron los idealistas que redactaron las fórmulas de nuestro derecho republicano, y de las escuelas de primeras letras, aquel sector popular que supo discurrir sobre la Independencia ⁶¹.

La instrucción durante la colonia reposó sobre los pilares de la Iglesia. En sus recintos se formaron los hombres que después soñaron con la independencia. En 1725 se funda la Universidad bajo los auspicios de la Iglesia, la cual, lograba una plataforma decisiva de influencia en la sociedad colonial. Briceño-Iragorry refiere el hecho:

(...) El 11 de agosto de 1725, en la capilla del Seminario y con la presencia del Ilustrísimo Señor Don Juan de Escalona y Calatayud, Obispo de Caracas y eje de la nueva reforma, se instaló nuestro primer Instituto Científico, con sus Facultades de Teología, Cánones, derecho y Arte. Una nueva época empieza para nuestra ya empinada cultura criolla. De la universidad saldrán, unas tras otras, las generaciones que orientarán la conciencia vigilante de la nueva nacionalidad y que irán a los pueblos de las distintas Gobernaciones a avivar el sentimiento de la nueva Patria ⁶².

Desde los albores de la Colonia la Iglesia muestra gran interés por la enseñanza. Los Obispos manifestarán una predilección especial hacia ese sector; "Era a ellos a quienes por el carácter de la institución y por la alteza del oficio, correspondía su iniciativa y vigilancia, y no a los autoridades seculares, entregadas a la dura tarea de pacificar y gobernar la tierra."⁶³ Así que, desde un comienzo, la educación en la Colonia es católica. Si además hemos de afirmar que fue en propia tierra donde se gestó el movimiento que culminó con la Independencia concluimos en consecuencia, que la instrucción religiosa tuvo una importancia decisiva en la configuración la conciencia patria que caminó hacia la libertad política. Quitarle mérito a la instrucción

60. Ibid., p. 162-3.

61. Ibid., p. 159.

62. Ibid., p.152.

63. Ibid., p. 148.

colonial, en la transmisión de ideas progresistas, por ser ella de origen católico, es un prejuicio nefasto que atenta contra la verdad histórica. Al respecto Briceño-Iragorry manifiesta:

Nada tan baldío como el recurso de los contrabandos amparados por la sotana de los clérigos, para justificar que los criollos conociesen autores no ortodoxos. Arranca él del supuesto de que tales autores estuviesen incluidos en los índices expurgatorios, y de ignorar que sus doctrinas se exponían libremente en las cátedras españolas. De otra parte, especialmente en lo que se refiere a enseñanza de orden público, se hacen los ignorantes y parece mejor creerlo así, respecto a que la escuela jurídico-teológica española venía propugnando desde el siglo XVI teorías gubernamentales afianzadas en la más justa noción de la soberanía popular ⁶⁴.

Concluye Briceño-Iragorry diciendo que nada más errado como atribuir la influencia de las ideas extrañas ea impulso del movimiento hacia la Independencia que se gestó en tierra venezolana. Son nuestros los méritos, y eso nos lleva a reconocer que nuestro pasado colonial no fue tan negro como para diferenciarlo netamente de la República. En ese pasado el peso e influencia de la Iglesia fue determinante. Ella contribuyó, en todos los órdenes, a consolidar la obra colonizadora, aportando incluso aquellos aspectos de humanización y justicia que la empresa secular omitió en su proceder. Pero donde de una manera especial, según nuestro autor, la obra de la Iglesia es decisiva en la formación de la consciencia nacional hacia los valores de la justicia, fue en la instrucción colonial. Briceño-Iragorry dice:

Pero donde aparece agigantada la obra civilizadora de los obispos y de la Iglesia es general, es en el estudio de la marcha de la instrucción colonial, materia de suyo adherida a los fines educadores de la iglesia y que reclama para su mejor comprensión pintura aparte⁶⁵.

La Unidad Religiosa Base de la Unidad Americana

América ha olvidado que proviene de la vieja fraternidad colonial. Cuando el viejo mundo crujió espantado por las atrocidades de la primera gran guerra, América surgió como la mejor esperanza. Entonces nos dimos cuenta que éramos pueblos divididos, "olvidados de la vieja fraternidad colonial" y que habíamos recorrido caminos distintos.

Hoy sentimos la necesidad de volver la mirada hacia Babel, hacia el momento en que se rompió la unidad del continente para recuperar lo esencial que en otrora fuimos. Los intereses universales de la humanidad, "parece que caminan hacia una mayor inteligencia, —dice Don Mario— traedora en lo futuro de un apoyo mutuo, que crecerá en respeto y en valor

64. *Ibid.*, p. 158.

65. *Ibid.*, p.123.

nacionales." ⁶⁶ Son tiempos en los que se percibe la necesidad de una mayor compactación y confraternidad del genero humano. América sí lo siente:

(...) Desde el Plata hasta Río Grande cruza sobre las cumbres de los Andes un hálito de confraternidad, un deseo de hacer efectiva la compactación de nuestros pueblos jóvenes⁶⁷.

Pero ¿sobre qué bases es posible reconstruir la unidad americana? Briceño-Iragorry propone la afirmación de nuestra unidad religiosa como sustento de nuestra unidad continental. Dice: "y en el caso de nuestra América la circunstancia de profesarse de un límite a otro la fe católica, facilita afirmar sobre ella toda una organización cultural que nos sea idéntica" ⁶⁸. Y como la fe católica lleva consigo los principios de justicia universal que la caracteriza, la unidad de nuestros pueblos se logrará sobre fundamentos seguros. Su pensamiento, al respecto lo resume el siguiente párrafo:

Corresponde en cambio enrumbar los planes de solidaridad americana a través de ideas fuertes de la psiquis general. Ninguna puede ser más común para toda la América que la idea cristiana traída con los tesoros de la lengua por los pobladores españoles. Nada más a propósito para el acercamiento de los pueblos hispano-americanos que la feliz circunstancia de hallarse todos en posesión de una estrecha unidad religiosa. Elemento de suma gravedad en la compleja organización del ideario de los pueblos, los credos religiosos determinan el grado de simpatía de éstos. Puede asegurarse que en la psiquis social el contingente que prestan las creencias, señala un punto avanzado par su calificación expresiva⁶⁹.

En esta perspectiva, la religión cumple una función cohesiva en la sociedad. Aceptar este papel implicaba la convicción de que los intereses de América, manifestados por el deseo de una mayor compactación social y una búsqueda mas firme de la justicia, coincidían con los intereses espirituales expresados por los preceptos religiosos. Como podrá observarse, el papel que Briceño-Iragorry le otorga a la religión católica en la configuración del nuevo orden social que debía iniciarse después de la primera guerra mundial, es decisivo. Por eso afirmara, la frase enunciativa anteriormente, de que nos encontramos en el período más intenso de la vida cristiana. Respecto a éste enfoque dice:

(...) Acaso los abanderados de la unión americana hayan visto con poco interés que sobre esta base de unidad religiosa se llgraría levantar con firmeza el edificio a que se aspira para un próximo futuro. Vallera decir que por esta vía llegaríamos a la conclusión de que los intereses de América han sido y son siempre los mismos bajo un punto de vista espiritual y que el esfuerzo por realizarse debería de estar concretado a hacer más vivo entre masas locales los preceptos religiosos⁷⁰.

66. Mario Briceño-Iragorry: "La Hora de América", op.cit. p. 109.

67. *Ibid.*, p. 109-110.

68. *Ibid.*, p. 113.

69. *Ídem.*

70. *Ídem.*

La fe es la base de la unidad secular. Prospere la fe católica para que nuestros destinos se unan en el horizonte esperanzador del mañana. La vía más expedita para lograr realizar la compactación social que la civilización reclama es la intensificación del cristianismo. Crezca, entonces, la institución eclesiástica y asuma el papel activo que la sociedad le exige en la unificación del continente:

Ningún campo mas vasto ni más homogéneo para que la idea cristiana prospere en un sentido de renovación social, que este campo fecundo de la América. Hacerla crecer por medio de un riesgo consciente de sus fuerzas propulsoras, valiéndose de la unión de todos los círculos católicos y de las instituciones religiosas, significaría un paso largo hacia la comprensión cordial de esos pueblos distanciados, llamados a ser grandes con la grandeza heroica que delinea a los pueblos históricos⁷¹.

Básicamente se proponía que la Iglesia asumiera un papel más activo en el proceso de integración social. Su aporte fundamental sería de orden moral. Todo ello redundaría en un mayor fortalecimiento de la institución eclesiástica y en la creación de un cristianismo con gran incidencia social, es decir, en la formulación de un cristianismo social. Además, está convencido Don Mario, de que ante la variedad de regímenes políticos en América Latina, impuestos a veces por obra de la fuerza, el cristianismo ofrece el sustrato ideológico común, desde el cual era posible forjar la unidad del continente:

El cristianismo católico que florece desde la Tierra del Fuego hasta el Golfo de México es garantía cierta de que en esta vasta región, a pesar de las modificaciones políticas introducidas las más de las veces de un modo violento e inconsulto, perdura un mismo espíritu de fe sobre el cual descansa un grupo de ideas que gozan de aceptación general y que servirán de base para la unión con tanto esfuerzo solicitada⁷².

La civilización futura prodigará la victoria definitiva del hombre espiritual. La humanidad entrará en un proceso de socialización de acuerdo a los principios del cristianismo que revitalizará sus estructuras. Había llegado la hora de América. En 1925, en la obra "Ventanas en la noche" formula con precisión esta perspectiva;

La nueva civilización habrá de alzarse en los ricos campos de América. Una civilización anunciada y resentida como el triunfo del hombre espiritual, del hombre de la paz y de la justicia. En nuestros países de alma en formación prosperará de un modo intenso el ideal pan-humano merced a la socialización de las masas bajo una economía cristiana, a lo cual debemos contribuir con fe y entusiasmo intensos. Acerquemos a la hora de América⁷³.

71. Ibid., p. 114.

72. Ibid., pp. 114-5.

73. Ibid., p. 115.

REFLEXIONES SOBRE TÓPICOS DE INTERÉS ECLESIAL

Hemos visto en capítulos precedentes cómo el Patronato Eclesiástico se convirtió en el "gran problema" de la Iglesia venezolana después de formado la República. Al iniciarse el siglo XX, y sobre todo, a partir del gobierno de Juan Vicente Gómez (1909), la tensión al respecto disminuye. La Iglesia venezolana había comenzado un rápido proceso de recuperación aprovechando la benevolencia de la dictadura. Avivar los rescoldos de la agria disputa hubiera supuesto un riesgo inmenso para una iglesia empeñada en su proceso de recuperación. La Iglesia renunció a discutir el tema de una forma sistemática ante el gobierno. Por parte de la oficialidad eclesial recordamos la mención del mismo que hace Mons. Juan. B. Castro, siendo éste arcediano de la Iglesia Metropolitana de Caracas en 1898 al publicar el ensayo titulado "Observaciones sobre la Ley del Patronato eclesiástico"⁷⁴. Posteriormente, Mons. Navarro analiza el problema al publicar un ensayo cuyo título era "Disquisiciones sobre el Patronato Eclesiástico en Venezuela"⁷⁵. A parte de estas dos publicaciones, la Iglesia sólo menciona el tema, en forma oficial, y con tímido proceder, cuando se presentó el caso de la expulsión de Mons. Monte de Oca del cual hemos hecho mención. Sin embargo, Mario Briceño-Iragorry sí analiza la problemática, y lo hace desde la postura del cristiano que cada vez más va comprometiendo su vida con el destino del país.

Otro problema que preocupó a la iglesia durante la primera mitad del siglo XX fue el relativo al establecimiento de misiones. Implicaba una insistencia especial por parte de la iglesia ante el Gobierno pues entraban en juego aspectos de cierta importancia. El más polémico de todos fue el referido a la entrada al país de clero extranjero para que se desempeñara en funciones de misioneros. Ello implicaba un cambio de actitud por parte del Gobierno. También se tocaban otros aspectos, como los referidos a la libertad de cultos, el carácter evangelizador de las misiones como prioritario ante aquel interés secular de civilizar el país, etc. por otra parte, la iglesia estaba empeñada en un proceso de consolidación de la institución eclesiástica, y las misiones eran un punto en el que se mostraba el vigor y crecimiento de la Iglesia. el tema no será ajeno al interés de Don Mario, quien también, en ese aspecto, dará su aporte al proceso de recuperación de la Iglesia en Venezuela.

74. Juan Bautista Castro, *Observaciones sobre la Ley de Patronato Eclesiástico*, Tipografía La Religión, Caracas, 1898, p.22.

75. Mons. Navarro: *Disquisiciones sobre el Patronato Eclesiástico en Venezuela*, Ed. Suramérica, Caracas, 1931, p. 197.

LA INVALIDEZ JURÍDICA DEL PATRIMONIO

El aporte de Briceño-Iragorry al estudiar el problema del Patronato Eclesiástico en Venezuela se centra en el aspecto jurídico; es decir, resalta el análisis del problema desde el punto de vista del "derecho público" o común. Por parte de la Iglesia se tenía la impresión de que se arrastraba una situación que debía ser solventada definitivamente, fruto de ofuscaciones de una época, y que había repercutido en detrimento de la iglesia y en deshonra de la República. Así lo asienta Mons. Juan B. Castro cuando a finales del siglo XIX afirma:

La Ley de Patronato Eclesiástico tiene setenta años. Fue dictado en medio de ofuscaciones sectarias; no ha sido después examinada ni estudiada una sola vez; los gobiernos se han servido de ella como han podido, y hoy no es mas que una vieja y mala ley, que a quienes menos honra es a la república⁷⁶.

La oficialidad de la Iglesia rechazó desde un principio, los argumentos que dirimieron los legisladores de la República de la Gran Colombia cuando en 1824 entraron en posesión de los derechos de Patronato heredados de la Corona española y que regían sobre todas las tierras entonces bajo su dominio. Esos argumentos, falsos y contradictorios —al decir del Briceño-Iragorry— pueden resumirse desde el punto de vista del derecho en dos:

El uno, el regalismo o derecho de la soberanía nacional a regular la materia eclesiástica; el otro, el pretendido derecho sucesorio den las excepcionales prerrogativas que la Curia Romana había concedido a los Reyes Católicos⁷⁷.

Briceño-Iragorry considera que ambos argumentos, dirimidos por los legisladores de la república en 1824, se anulan mutuamente, evidenciándose así la tremenda confusión que acompañó el momento en que la naciente República asume los derechos de Patronato. Argumentar que el Patronato "es prerrogativa inherente a la suprema potestad y atributo de todo soberano, que los políticos llaman regalía"⁷⁸, y a la vez hacer derivar tal derecho en una sucesión verdadera basada "en el privilegio concedido por la Silla apostólica a los reyes de España"⁷⁹ del cual la República es heredera, es una flagrante contradicción. Ambos argumentos se descalifican mutuamente:

Los que hablan así se implican y destruyen, porque si el patronato es atributo y preeminencia propia de la soberanía, es una inconsecuencia fundarlo en que ha venido a los jefes de Colombia por sucesión de aquellos soberanos, que gozaban de esta gracia por concesión o privilegio de los sumos Pontífices. Supuesto que fuera regalía inseparable, no se requiere sucesión, ni gracia ni privilegio; y pretenderlo establecer en uno y otro, es una contradicción de principios⁸⁰.

76. Juan Bautista Castro, op.cit. p. 5.

77. Marlo Briceño-Iragorry: *A propósito de la Ley de Patronato Eclesiástico*, Ed. Suramérica, Caracas, 1934, p.4.

78. *Ibid.*, p.4.

79. *Ibid.*, p.5.

80. *Ibid.*

Pero la situación se complica aún mas, desde el punto de vista jurídico, cuando los legisladores de 1824 reclamaban de la silla Apostólica la continuidad de ese derecho y la celebración de un concordato con la Santa Sede para perfeccionarlo. Para Briceño -Iragorry si el derecho de patronato fuera una derivación de la soberanía popular "como acto de potestad interna no tuviera necesidad de los derechos de la Corona, que se decían traspasados a la nación colombiana; y aún más, de ser legítimos aquel derecho o la prenombrada sucesión, no fuera del caso recurrir a Roma para asegurar aquella prerrogativa." ⁸¹ Todo esto le lleva a nuestro autor a confirmar la confusión reinante en ese entonces, y a afirmar que si la naciente República colombiana, consciente del carácter católico de nuestras naciones, hubiera querido hacer justicia, habría reconocido que tal derecho "sólo podía tener fuente legítima en una especial concesión del Sumo Pontífice" ⁸².

Una razón más analizará Briceño-Iragorry para resaltar la situación falsa, desde el punto de vista jurídico, que los gobernantes de la Gran Colombia le crearon a las nacientes repúblicas, que tanto perjuicio acarreó a nuestras iglesias, y que para el momento en que Don Mario escribía era aún pesado fardo sobre la espalda de nuestra Iglesia venezolana. Se trata de lo siguiente: Para 1824, la Legislación de la Gran Colombia declara la nulidad de las leyes, cédulas y reales órdenes que rigieron en tiempo de la Colonia con los reyes de España ⁸³. Dentro de esa lógica, también la ley de Patronato quedaba derogada y el argumento de la supuesta sucesión, aducido por los legisladores, carecía de fundamento jurídico. Sin embargo, dice Don Mario:

Si El regio patronato había desaparecido ya, con aquella derogatoria expresa quedaba más que extinguido en sus huellas exteriores, y sobre sus restos se alzaba ahora un derecho *sui generis*, una reglamentación unilateral, creada por el Congreso sin título alguno y sin fundamentos siquiera aparentes⁸⁴.

No obstante la torpeza como se desarrollaron los acontecimientos a los legisladores de la naciente República no les era ajena la conciencia de que le estaban creando una situación de ilegalidad jurídica a la Nación en su

81. *Ibid.*, p.6.

82. *Ídem.*

83. Al respecto comenta Briceño-Iragorry: "Y tan abundante de inconsecuencia y tan desprovistos de lógica anduvieron los redactores del proyecto, que aún después de asentar como título más grave para el fin que se proponían, que el nuevo derecho derivaba del que habían ejercido por tres siglos los Reyes de España por especiales concesiones de Alejandro VI y Julio II, terminaron por dar nueva muerte a aquel sistema, al decir en el artículo 42 de la Ley que: 'se revocan y anulan cualesquiera leyes, cédulas y reales ordenes que hasta ahora han regido en todas y cada una de las partes de que trata esta ley'. Si el regio patronato había desaparecido ya, con aquella derogatoria expresa quedaba mas que extinguido en sus huellas exteriores, y sobre sus restos se alzaba ahora un derecho *sui generis* una reglamentación unilateral, creada por el Congreso sin título alguno y sin fundamentos siquiera aparentes" (*op. cit.* pp. 6-7).

84. *Ibid.*, p.7.

relación con la Iglesia. Por tal motivo le dieron un carácter provisional a la ley de Patronato a la espera de la celebración de un concordato ⁸⁵. La prudente expectativa adoptada por la Sede Vaticana ante las nacientes repúblicas fue considerada por los legisladores como una velada alianza con la corona española, razón por la cual —entre otras que matizan la postura intransigente de los legisladores— cambian las perspectivas en las que se conducía el problema del Patronato. Briceño-Iragorry aclara la postura del Gobierno de la Gran Colombia:

...resolvió, como argumento desesperante, variar el rumbo de la cuestión religiosa, y situándose en una posición diametralmente opuesta a la que había seguido hasta entonces, optaron los políticos precipitadamente por declarar a la nación en el pleno ejercicio del mismo derecho que con "preces" (palabra del Ministro Urbaneja) se había procurado alcanzar del Pontífice Romano; y al motivar la nueva ley, como efecto de aquel inconsulto procedimiento, dejaron estampados los vicios y defectos de la argumentación que, de sofisma en sofisma, los llevó a la famosa declaratoria⁸⁶.

Visto el origen histórico de la ley de Patronato que tan negativamente ha afectado el desarrollo de la Iglesia, Briceño-Iragorry propone solventar la invalidez de una ley que sólo la celebración de un concordato con la Santa Sede o un privilegio pontificio podría legitimar ⁸⁷. Su postura queda bien expresada en el siguiente párrafo:

En resumen hallamos: que siendo el patronato un privilegio que sólo se requiere por concesión pontificia, mal puede ejercerlo autoritariamente un estado sin que deje de violar los principios de la ley natural y las reglas generales del derecho de gentes; y en el caso que contemplamos no se necesita de argumentos exteriores para así dejarlo demostrado, sino que en cambio es la misma ley que lo declara, quien señala su propia imperfección⁸⁸.

La Iglesia venezolana siempre rechazó la ley de Patronato por considerarla vejatoria de los derechos de la Iglesia y producto de una decisión arbitraria y unilateral por parte de los gobiernos. Prueba de ello son los encarnizados enfrentamientos que sostuvieron los prelados venezolanos con los gobiernos de turno (costándoles incluso el extrañamiento del país), y el constante deterioro que sufrió la Iglesia por el contumaz hostigamiento de los mismos. Sin embargo, por parte de los gobiernos se argumentó un supuesto "reconocimiento tácito" de la Sede vaticana de esta prerrogativa del estado, cuando Mons. Guevara y Lira, por bien de paz, se vio obligado a renunciar a la Silla Episcopal. Entonces el gobierno de Guzmán Blanco propuso el nombre del Sr. José Antonio Ponte para la sucesión, nominación que fue

85. Ya hemos hecho mención de esta situación en capítulos anteriores (cap. II), sin embargo, para mejor información sobre el punto, desde la perspectiva de Mario Briceño-Iragorry ver: *A propósito de la Ley de Patronato Eclesiástico*, op. cit. pp. 9-10.

86. *Ibíd.*, pp. 14-15.

87. *Ibíd.*, p. 18.

88. *Ibíd.*, p. 17.

aceptada por Roma ⁸⁹ a través de la emisión de una Bula donde se instituía el nuevo arzobispo ⁹⁰. Los términos en que fue redactada dicha bula le atribuían al presidente un privilegio, que nunca existió, de nominar al candidato para ocupar la sede arzobispal ⁹¹. Briceño-Iragorry argumenta sobre la situación demostrando que los términos en que fue redactada la bula es producto de un error dado que hace alusión a un privilegio apostólico que nunca existió. Dice Don Mario:

Error lo hubo, en primer término, por hablarse en la bula de un "indulto o privilegio apostólico", que era "sabido" y cuyo título no existe, y en segundo lugar, por la expresa manifestación hecha por el mismo Romano Pontífice en la bula de institución del Ilmo. Señor Víctor Rodríguez, obispo de Guayana, de fecha 30 de julio de 1885, en que declara de solo su competencia el nombramiento de obispos, y nulo e irrito todo lo que anteriormente, por ERROR, se hubiese declarado por la Silla Apostólica⁹².

La Iglesia, como hemos dicho, dio más muestras de desacuerdo que de aceptación voluntaria de la ley de Patronato. Cuando omitió hablar del tema lo hizo por el temor de causar un daño mayor y no por sumisión a la ley. La época en que Briceño-Iragorry escribe este ensayo sobre el Patronato —en el tiempo de la dictadura del General Gómez— la Iglesia había adoptado lo que podríamos llamar un "prudente silencio" ante el tema del Patronato. No obstante nuestro autor plantea la situación que de ello se había derivado

La diferencia que existe entre el estado de hecho creado por una "conformidad obligada" y el reconocimiento libre y expreso de un derecho, es la misma que al presente existe y siempre ha existido, entre las relaciones de los derechos de la sede Romana y las aspiraciones del estado venezolano, y las que deberían existir de acuerdo con un orden de derecho común.

Reconocimiento tácito o indirecto del derecho de Patronato no es posible invocar en el presente caso, pues aquél debería nacer de un acto libre o de un silencio voluntario, tan afirmado este último que cayera en los alcances de la sentencia de los jurisconsultos: *qui tacit consentire videtur...*⁹³.

Desmantelados los argumentos, desde un punto de vista jurídico, que los gobiernos de mentalidad patronalista habían sostenido, Briceño-Iragorry concluye:

De lo cual concluimos que la situación de "conformidad obligada", como acertadamente dijo el Sr. Olavarría, en que se halla la Iglesia con relación al Patronato nacional, no es ni puede ser título jurídico para hacer derivar de él un derecho y su obligación correlativa⁹⁴.

89. *Ibíd.*, p.20.

90. *Ídem.*

91. La Bula fue escrita en los siguientes términos: "Asientan, pues, los términos del documento pontificio que, como es sabido, *en virtud de indulto o privilegio apostólico tiene el presidente de la República el derecho de nominación*" (*Ibíd.*p.21).

92. *Ibíd.*, p. 22.

93. *Ibíd.*, pp. 23-24.

94. *Ibíd.*, p. 24.

De esa forma, Mario Briceño-Iragorry se colocaba en la línea de los grandes defensores de los derechos de la Iglesia en Venezuela. El problema del patronato volverá a ser tema candente en los anales de la historia venezolana en el periodo de gobierno conocido como el primer trienio adeco, entre 1845-48. Finalmente, encontrará una solución definitiva cuando en 1964 se firme el *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado venezolano.

LA LIGA NACIONAL PRO MISSIONIBUS

El tema de las misiones se revitaliza de una manera especial durante el período gubernamental de Juan Vicente Gómez. A pesar de que el gobierno opuso alguna resistencia a la entrada de clero extranjero para dedicarse a la labor misionera, en términos generales, tuvo buena acogida para esta estrategia apostólica de la Iglesia venezolana. La Iglesia presionó en todo momento al gobierno del General Gómez para que modificara su política respecto a la entrada de clero extranjero al país a fin de que se dedicara a las misiones. Por otro lado, también se hicieron intentos sistemáticos ante la opinión pública para sensibilizar el país hacia este tema. Eran tiempos en los cuales Venezuela definía sus rasgos fundamentales como nación: el petróleo fue un factor decisivo en la modernización del país, se abrieron caminos y carreteras para unir los territorios más atrasados y alejados de los centros más desarrollados, se modernizaba el ejército, etc... En ese contexto al gobierno del General Gómez le interesaba una política encaminada a consolidar la obra civilizadora en las regiones más apartadas y limítrofes con nuestros vecinos latinoamericanos. A la Iglesia venezolana también le interesaba consolidar y extender la estructura eclesiástica hasta los confines del país. El tema de las misiones era, además, una preocupación constante de la Iglesia Universal. Todos los elementos coincidían. De allí el interés que Mario Briceño-Iragorry mostrará por el tema. Dice;

La circunstancia de haber aparecido recientemente en el diario "La Religión" de esta capital varias narraciones suscritas por uno de los R.R. Padres Misioneros del Caroní, despertó en el público curiosidad e interés hacia la obra apostólica realizada en aquella apartada región de la república por los beneméritos hijos del "poverello" de Asís. El mismo diario, en edición posterior, hizo justa mención de dicho interés y curiosidad, precisamente en horas en las cuales preparábamos estas líneas a propósito de la importancia de la obra encomendada por el gobierno de los venerables Padres capuchinos⁹⁵.

Mario Briceño-Iragorry resalta, al hablar de las misiones, el interés que ellas tienen en el proceso civilizador del país. Es posible que, desde una antropología moderna, su perspectiva resulte cuestionable al destacar el

95. Mario Briceño-Iragorry *Pro Missionibus*, Ed. Suramérica, Caracas, 1926, p.3.

autor sólo el interés de la nación en integrar una cultura, considerada más atrasada, para incorporarla al desarrollo del país en demérito de su cultura ancestral. Sin embargo, otros escritos del autor, en los cuales destaca la importancia que tiene para nuestra identidad nacional las culturas ancestrales que precedieron el proceso colonizador⁹⁶ matizan y relativizan esta primera impresión. No olvidemos que Mario Briceño-Iragorry es uno de los autores que, con mayor insistencia, plantea la necesidad de encontrar y consolidar nuestro rostro de nación a partir de nuestro pasado histórico. Respecto al carácter civilizador aparejado a la evangelización misional dice:

Para muchos, desorientados en un sentido de verdadera comprensión nacional, acaso representen estas misiones sólo un apoyo dado por la nación a elementos católicos para la expansión de su doctrina entre la población indígena del sureste de la república. Estos acaso no se pasean por el hecho incontrovertible de que la evangelización de aquellas tribus abandonadas por la inercia de un siglo de desgobierno, representa hoy día un paso largo hacia el acrecentamiento de nuestras fuerzas y recursos nacionales. A más de la obra de humanidad que representa la traída al seno de una sociedad nueva y mejor de tanto elemento anulado por la barbarie de su estado actual, la obra de las misiones significa el aumento de la población por la suma de fuerzas ignoradas, de hombres que hoy, fieras en la selva, agregaran mañana el impulso de sus brazos a la economía de la nación; significan el aprovechamiento de la tierra salvaje, opima en su riqueza inexplorada, donde la industria agrícola y las explotaciones mineras lograrán un campo nuevo de actuación, y determinan lo que es más esencial en un sentido político: la definición de nuestras fronteras internacionales, señaladas no por hitos artificiales ni por quiebras geográficas, sino por el espíritu de la patria vibrante en el corazón de los hombres futuros que habrán de surgir a las actividades sociales⁹⁷.

Para Briceño Iragorry "más allá de la Cruz y del Evangelio el abnegado misionero lleva el germen de un espíritu nacional"⁹⁸. Estos dos aspectos, tan propios de nuestra identidad nacional, no los "ha logrado en sus tareas educacionalistas la misión laica, de esperanzas defraudadas"⁹⁹. De nuevo Don Mario, insiste en la idea de que la Iglesia ha tenido, y tiene, un papel decisivo en el proceso de integración nacional, papel que las fuerzas laicas son incapaces de cumplir por sí solas. Cuando intenta dar respuesta a la oposición del elemento laico a la misión católica dice:

No, porque la misión cristiana representa la acción más fuerte, más audaz, más humanitaria de la Iglesia es su propósito inquebrantable de llevar la luz de la verdadera fe a todos los corazones: y cuando esta acción heroica está unida al servicio de una causa nacional, sus frutos, junto con vendimia espiritual, representan una actividad social de méritos invalorable¹⁰⁰.

96. Ver p.e.: *Procedencia y cultura de los Timoto-cuycas*, separata de *Anales de la Universidad de Caracas*, 1930 y también: *Relación geográfica de la Provincia de Cuycas*, Caracas, 1943.

97. Mario Briceño-Iragorry: *Pro Misionibus*, op.cit. pp.4-5.

98. *Ibid.*, p. 5.

99. *Idem*

100. *Ibid.*, p. 6.

La sensibilidad cristiana de Don Mario lo lleva a proponer la creación “de una Liga nacional Pro Missionibus iniciada por quienes se hallen caracterizados a tal respecto”¹⁰¹. De esa manera se colaboraría con esa obra de la Iglesia, respaldado por el gobierno, “donde los intereses de Cristo, la civilización y la república se unen en confraternidad piadosa”¹⁰².

CONCLUSIONES

La primera guerra mundial influye de una manera determinante en el pensamiento de Mario Briceño-Iragorry durante esta etapa inicial de su desarrollo intelectual. Ella evidenciaba que la civilización occidental estaba en crisis; era la victoria de la fuerza sobre el derecho y la justicia. la primera gran guerra fue fruto de elementos creados por el hombre durante el siglo XIX y comienzo del XX que estuvieron al acecho para el asalto destructor. Es el producto de la era del positivismo y horrenda lucha de imperialismos. Sus nefastas consecuencias sobre la humanidad impulsaron al hombre a cuestionar los presupuestos de la sociedad que la engendró.

Mario Briceño-Iragorry analiza la bancarrota de los credos racionalistas (la quiebra de la razón positivista) como parte del desengaño de los años veinte. El gran ciclo positivista habría culminado con un decaimiento de sus conquistas que prometieron felicidad, y al contrario, fueron portados de destrucción. La lucha del positivismo contra el pensamiento especulativo fue la negación de todos los elementos ideales y supremos que enaltecen y dan sentido a una sociedad, entonces, los valores inmutables que dieron consistencia social fueron sustituidos por lo relativo y múltiple. la sociedad que levantó el positivismo —civilización caída— está en decadencia, y su signo representativo, el nihilismo espiritual, es incapaz de dar respuestas a los problemas y angustias del hombre de la postguerra.

La civilización marcha hacia atrás en la búsqueda del símbolo bíblico de Babel cuando se rompió la unidad del género humano y surgieron todos los conceptos relativos. la ilusión por construir Babel sigue presente, como ideal inagotable, en el corazón de la humanidad. La sociedad de la postguerra respira nuevos aires de humanización. El espíritu endilga sus pasos hacia una nueva era de paz y de justicia.

Pero la justicia es, para nuestro autor, un anhelo aún no alcanzado. Y lo que es más grave, ensombrecido por los nubarrones de los últimos tiempos. Tuvo en la tradición cristiana un sustento formidable, pero veinte siglos

101. *Ibíd.*, p. 8.

102. *Ídem.*

después todavía estamos lejos de la justicia plena. Es lógico, según la reflexión de nuestro autor, que surja una revalorización de la justicia en concordancia con el espíritu nazareno, con el mensaje evangélico. Este es un ideal imperecedero. Ni siquiera la época de las revoluciones ha logrado callar el aporte del cristianismo hoy más que nunca dispuesto a señalar caminos indicativos a la humanidad : hemos entrado en el período más intenso de la vida cristiana.

Es llamativo el hecho que Don Mario plantea que en la actualidad la humanidad atraviese una crisis de misticismo. Era una reacción contra el pasado positivista que concluyó negando los valores del espíritu. Si la sociedad positivista produjo la crisis, la guerra, preparó el resurgimiento del misticismo. El misticismo es la característica principal de la sociedad, que intenta superarse, después de la caída de la civilización materialista del siglo XX. La solución mística no es una nostálgica vuelta atrás, decadente y trasnochada; es una solución verdadera, más energética y veraz, que se lanza abierta como crítica contra aquellos que afirman la naturaleza y niegan los valores del espíritu.

Briceño-Iragorry aboga por la construcción de un cristianismo social como solución radical a la crisis de occidente; el cristianismo encierra el ideal de la solidaridad humana tan anhelada en los nuevos tiempos. Partiendo del análisis, y reflexión, del Cristo " mundano y feo" (un Cristo hombre) de Giovanni Papini llega a la conclusión de que hay que hacerlo vivo y vigente, resucitarlo " y así su verdad será eterna y su historia inmutable". Cristo ya no está fuera de la historia, lo encontramos en la vida diaria y cotidiana. Elvira Natch de Vera resume con impresionante claridad la síntesis a la cual llega Briceño-Iragorry después de haber leído la " Historia de Cristo" de Papini:

Cristo saldrá a la calle, a caminar junto a todo el mundo, al lado del pueblo, en el ámbito humano donde a diario se le niega, donde a veces suele encontrarse tan sólo su presencia fingida, escondida en imágenes y ornamentos que no consiguen reproducir su verdad. El Cristo reencontrado por Briceño-Iragorry será el Cristo vital renacido en su más sencilla y acogedora realidad. No requiere oropeles o envoltura de palabras : los arreos de riqueza jamás fueron parte de su divina esencia¹⁰³.

América se abre como la gran esperanza de reconstrucción universal si logramos alcanzar la unidad de pueblos. Este ideal de unidad americana sólo es posible si partimos del sustrato común de nuestra fe católica. La fe aparece, en el pensamiento de Don Mario, como un elemento ideal e integrador de la cultura. Pero la realidad muestra que somos países divididos y olvidados de lo que en antaño fuimos, olvidados de la vieja fraternidad colonial. La

103. Elvira Macht de Vera: *El Humanismo trascendente de Mario Briceño-Iragorry*, Fundación Briceño-Iragorry, Caracas, 1987, p. 66.

proposición de Don Mario es entonces lógica. Se trataría de ir en búsqueda de nuestras raíces morales y espirituales para fortalecer nuestra personalidad cultural actual. La hispanidad es el concepto clave que nos ayudaría a entender lo que fuimos, somos y seremos. La América hispánica se encuentra amenazada de nuevo por imperialismos foráneos, extraños a nuestra cultura, que intentan medrar sus intereses a costa de nuestra debilidad cultural. hacerle frente comienza con la afirmación de nuestra identidad propia, en la cual, el catolicismo, es el rasgo más distintivo.

El pensamiento cristiano de Mario Briceño-Iragorry durante esta etapa está representado en un tono vital que refleja la angustia que siente ante lo que percibe como el derrumbe de los presupuestos sobre los cuales estaba comentada la sociedad de occidente. Su visión cristiana del mundo lo lleva a buscar una solución positiva, la cual consiste fundamentalmente en la recuperación de los antiguos ideales, el marco ideal-moral, de las sociedades tradicionales. El cristianismo es la gran solución. Briceño-Iragorry no pone en duda la eficacia del mensaje evangélico. Culpa más bien a los cristianos de que las estructuras sociales no sean la expresión del espíritu de justicia que emana de la fórmula nazarena.

Después de los años treinta, se percibe aires de renovación eclesial. El catolicismo europeo comienza a tener una influencia decisiva en el acontecer de la Iglesia Universal. Briceño-Iragorry se va a sentir atraído por el vigor y sinceridad de esa nueva ola, sobre todo por el de origen francés. Veamos cuales son las características resaltantes de ese nuevo proyecto en Venezuela conocido como la "Nueva Cristianidad".